

Sr. Ministro fiscal dijo: «que debia de confirmarse el auto del juez del 24 del próximo pasado Junio, y por cuyo auto se declaró bien preso á D. Santiago Mora, por el homicidio perpetrado en la persona de Juan Pallares, homicidio cometido por Mora segun él mismo declara, y cuya declaracion está corroborada por varios testigos presenciales del hecho, de que resultó muerto Juan Pallares. Bien es verdad que D. Santiago Mora trata de explicar satisfactoriamente su conducta diciendo: que mató por defenderse y por evitar la fuga del que llama reo de robo Juan Pallares; es decir, cualifica su confesion con la justa defensa; mas esa excepcion, probada que sea en los términos que quieren las leyes y explican los autores que las comentan, podrá acaso excuparlo mas adelante del cargo de homicidio voluntario, alevoso y que obró con ventaja y premeditacion, segun se desprende de esos conceptos, de las constancias que obran en estas actuaciones.» «En estas diligencias consta que se ha cometido un homicidio que por sus circunstancias merece ser castigado hasta con la pena de muerte, y aparece que el autor de ese homicidio es D. Santiago Mora, segun su propia confesion y lo que otros declaran como se ha dicho antes.» (Fs. 73 vta. y 74, cuaderno 1º)

23. La confesion es llamada por los antiguos autores prueba por excelencia, *probatio probatissima*, porque en ella reconoce el hombre hasta contra su propio interes la verdad de los hechos sobre que versa la inquisicion. Por lo comun la confesion es indivisible, y solo puede hacerse su division en muy determinados casos. Esta doctrina se halla perfectamente expuesta por Voet, autor poco versado, sin duda, en el conocimiento histórico del derecho romano, pero que desarrolla á veces con exactitud los principios fundados en la razon que toman los modernos de esta legislacion. En su comentario sobre el título de *confessio*, número 5, se lee lo siguiente: «*Equidem si plura sint capita confessionis separatim quorum unum haud dependet ab altero, nihil vetat quominus divisio confessio-*

nis admitatur, et accipiatur pars altera rejiciatur, sicut unam partem sententiæ, quæ confessioni similis, admittitur potest, qui succumbit, et si acquiescere, ab altera vero appellare. Si omnia confessione comprehensa inter se conexa, et unius quasi actus continui factum contineant, non videtur circa eundem actum admittenda separatio, et proinde vel tota confessio acceptanda est, vel rejicienda, quum iniquum sit commoda quidem admittere, repudiare verò onera eidem coherentia.»

24. Mas de estos principios se ha alejado el señor fiscal para pretender que en materia criminal de la misma manera que en la civil, el reo al excepcionarse sea considerado como actor *Reus in exceptione actor est*. Y hubiera prescindido de ello sin duda alguna su señoría, con solo haberse tomado el trabajo de recordar la doctrina de Bonnier, que reasume la de todos los criminalistas modernos. «Añadamos, dice, no obstante, que esta última regla no debe seguirse de una manera absoluta en materia criminal. Si en ella se debe aplicar en toda su extension al que dirige la acusacion, la máxima: *Onus probandi incumbit actori*, y exigir de él en su consecuencia, una demostracion plena y completa de la culpabilidad del acusado, no podría hacerse igual aplicacion en cuanto al acusado, de la máxima: *Reus excipiendo fit actor*. El demandado que, perseguido en virtud de un crédito, alega el pago, debe probarlo completamente, y no tan solo presentarlo como verosímil. Al contrario, el acusado que alega un hecho justificativo ó una excusa, no está obligado á justificarlo de una manera tan precisa, debiendo bastar la probabilidad del hecho alegado para motivar su absolucion. Esto es cierto especialmente en un procedimiento criminal en que domina el sistema inquisitorial, mientras que el sistema de acusacion, estableciendo una especie de lucha en campo cerrado entre el acusador y el acusado, se aproxima mucho mas al curso del procedimiento civil.... «En general, continúa, al ministerio público es á quien pertenece, y no á las partes perjudicadas la iniciativa

en la persecucion del delito; pero esta persecucion no es necesaria para poner en movimiento la accion de la justicia penal, cada uno de los agentes de la policia judicial hacen constar, segun su competencia, los crímenes, los delitos y las contravenciones de oficio, y de oficio tambien reune el juez del sumario las pruebas. La necesidad de esperar para obrar, la denuncia de la parte perjudicada, solo existe en casos enteramente excepcionales, como en el caso de adulterio ó difamacion. Así el juez en materia criminal, va al encuentro de la prueba, mientras que en materia civil espera que se presente á él. En vez de ser dirigido el procedimiento penal por el interes y á veces por la pasion, se fija directamente en la investigacion de la verdad. El juez del sumario practica diligencias en pro y en contra del inculpado; el mismo ministerio público, aunque encargado especialmente de provocar la represion, no debe proseguir la acusacion *per fas et nefas*, sino detenerse en cuanto hay duda seria sobre la culpabilidad. Desde entonces, si la máxima *Actori incumbit onus probandi* se aplica en todo su rigor al ministerio público, no es cierto que, por la inversa, sea preciso aplicar rigurosamente al acusado la regla *Reus excipiendo fit actor*; basta que la defensa tenga un grado grave de probabilidad, mientras que la acusacion debe ser plenamente probada." (Trat. de pruebas judiciales, tom. 1º, pág. 61.)

25. Asimismo, la confesion no tiene la misma fuerza en lo civil que en lo criminal. En el procedimiento civil la confesion termina toda contestacion ó litigio, y puede decirse con Paulo (L. 1. D. de confess.) *Confessus pro judicato est, qui quodam modo sua sententia damnatur*. En un proceso criminal, la simple confesion del acusado, si no está apoyada en ninguna probabilidad, no lleva consigo su condenacion: *Confessiones reorum pro exploratis facinoribus haberi non oportere, si nulla probatio religionem cognoscentis instruat*. "Finalmente, dice Bonnier, la confesion no puede dividirse contra el que la hizo. Está indivisibilidad es sumamente justa. Cuando me refiero á la declaracion

de mi adversario, debo tomarla tal cual es, no puedo dividirla á mi arbitrio para tomar de ella solamente lo que me es favorable. De otro modo le presto un lenguaje que no ha tenido ni querido tener; porque sabido es la facilidad con que, anulando ciertas expresiones, puede darse un sentido manifestamente contrario á la intencion del que las pronunció. La confesion puede aceptarse ó desecharse, pero no es permitido desnaturalizarla." (Tratado de p. j., núm. 356.)

26. Pero indivisible ó no la confesion, la parte favorable á mi cliente se encuentra plenamente probada por el dicho de tres testigos únicos que presenciaron el suceso. La sancion natural de la veracidad de los testigos se encuentra en ese sentimiento poderoso que induce al hombre á decir la verdad y que hace que cuando quiere faltar á ella, tenga que hacerse violencia. Lo verdadero y lo justo son dos polos hácia los cuales propende sin cesar el espíritu humano, cuando no está pervertido. "Naturalmente, dice Benthon, se evita un sendero escabroso y se toma el camino mas fácil; el motivo que nos induce á ello, es el amor á la comodidad, motivo que obra frecuentemente sin notarlo nosotros, pero cuya influencia es mas grande de lo que se cree comunmente. Veamos como se verifica en el caso del testimonio. Referir un hecho tal como se presenta á la mente, es obra de la memoria, referirlo como un hecho real de circunstancias que no han existido, es obra de la invencion. Pues bien; el trabajo de invencion es mas penoso que el de memoria. Hé aquí, pues, la pena que evita quien expresa la verdad pura y simple." (Pruebas judiciales, lib. 1º, cap. 10). La ley 32, tit. 16, part. 3ª, solo exige dos testigos oculares para la prueba de un hecho siempre que estén contestes en sus declaraciones, y en el caso tenemos la confesion del acusado corroborada con el dicho de tres testigos contestes.

27. A pesar de constancias tan claras como las que se han reseñado y existen en autos, ha considerado el señor

fiscal de mayor credibilidad las aserciones de testigos oídas contra lo expresamente mandado en la ley 28, tit. 16, part. 3ª, y juzgado que el occiso no tenía sobre sí sospecha alguna de ser ladrón, pues finge creer que de esto no hay mas prueba que el simple dicho de mi cliente. La simple circunstancia de habérsele encontrado con un objeto robado, lo constituía en gran sospecha de haber cometido un delito de esa naturaleza. *Furtum praesumitur commissum ab illo, penes quem res furata inventa fuerit, adeo ut is non docuerit a quo rem habuerit, iuste, ex illa inventione, poterit subijci tormentis.* (Mascardo, de probat. concl. 834). Independientemente de esa presunción, hay constancias posteriores en autos que acreditan que Juan Pallares ha sido condenado á seis meses de obras públicas por complicidad en el robo de animales, habiendo extinguido en la cárcel de esta ciudad su condena. Estos documentos son irrefragables y auténticos, pues consisten en copia de la misma ejecutoria y certificaciones extraídas de los libros de la Alcaldía. También existen, de que varios individuos del propio apellido y parientes del occiso, han estado presos por delitos semejantes.

28. No se concibe pues, de que manera se haya avanzado el señor fiscal, hasta decir que merece el procesado la pena de muerte, tratándose de un homicidio necesario y cometido en defensa personal; cuando las leyes en estos casos autorizan la ventaja y hasta el homicidio voluntario tratándose de un malhechor. No lijeramente asenté al principio que no debía de ser extraña la prueba del derecho á esta causa, una vez que me veo precisado á probar la existencia de leyes notorias que determinan la absolución del Sr. Mora. La primera de estas es la 2ª, tit. 8ª, part. 7ª, cuyo texto es: "Matando algun ome, ó alguna muger, á otro á sabiendas, debe aver pena de homicida; quier sea libre, ó siervo, el que fuesse muerto. *Fueras ende, si lo matasse en defendiéndose, viniendo el otro contra él, trayendo en la mano cuchillo sacado, ó espada, ó piedra, ó palo, ó otra arma, cualquier con que lo pudiese ma-*

tar. Ca entonce, si aquel á quien acomete, mata al otro que lo quiere desta guisa matar, no cae por ende en pena alguna. Ca natural cosa es, é muy guizada, que todo ome haya poder de amparar su persona de muerte, queriéndolo alguno matar á él: é non ha de esperar que el otro le fiera primeramente, porque podría acaescer, que por el primer golpe que le diesse, podría morir el que fuesse acometido, é despues non se podría amparar." Cuando por las declaraciones de tres testigos contestes mayores de toda excepción está probado el hecho de haber arrojado piedras Juan Pallares sobre Mora, probado está que se encontró en los términos de la ley al disparar el arma mortífera sobre su contrario, y que no merece pena alguna.

29. A fojas 99 del segundo cuaderno de este proceso se encuentra la confesion con cargos tomada á Mora, y de ellos el primero que se le hace, es "él que le resulta por haber dado muerte á Juan Pallares la tarde del 20 de Junio del corriente año, en terrenos de la hacienda del Salitrillo, disparándole un balazo en el pecho, con cuyo golpe murió en el acto; fundándose tal cargo en la fé del cadáver que se lee á fojas 2 vuelta y 3 frente, en la propia confesion de Mora, y mas en la inspeccion del occiso que se halla en la foja 94 á la 96, haciéndose por lo tanto acreedor á la pena que la ley señala á los delincuentes de su clase." No puede darse cosa mas infundada que el cargo, pues no es cierto que mi cliente haya confesado simplemente haber dado muerte á Juan Pallares, sino que habiéndose fugado éste, al auxiliar á los que lo persiguieron lo mató en el acto de hacer armas contra él. "Como el que mata ú ofende á otro, dice Vilanova, tiene contra sí la prueba ó conviccion de homicida agresor, le incumbe sincerarse, cuando en defensa suya propia llegó á tal extremo; pero goza la ventaja que las pruebas débiles y lácias le sufragán, y son idóneos en su favor los testigos domésticos, los parientes, los que deponen de credulidad, y otros que fueran tachables en materia de otra justificacion. Y si tal fuere el conflicto, que por la soledad, ú ocurren-

cias insólitas en el caso, esté destituida de todo recurso la prueba de la propia tutelar defensa: será bastante acreditar cualquiera hecho que la haga presumir; como por ejemplo, la invencion del expelido ofensor con armas, su calidad y disposicion efectiva: el hecho de invadir: el insulto calificado: el ingreso clandestino ó cauteloso en propiedad del invadido: la positura y ocupacion respectiva de éste y la de aquel: y así otros de igual contingencia." (Mat. cri. for., obs. 7, cap. 1º, nº 33). No son pruebas débiles y lácias, sino plenas conforme á la ley 32, tit. 16, part. 3ª, las que demuestran que mi defensor cometi6 un homicidio necesario, y de ellas se hizo completa abstraccion al formularse el cargo indicado.

30. Se le replicó diciendo: "que la contestacion que ha dado no satisface al cargo, porque á ser cierto que Juan Pallares se hubiera fugado de sus custodios, éstos segun sus mismas atestaciones iban á una distancia del que huía, como de veinte pasos, y consta tambien por la confesion del respondente que éste venia á caballo y armado; por lo que bien pudo estorbar la fuga de Pallares, inter lo reaprehendian los que lo conducian á esta ciudad, y no haberle hecho fuego." Al formularse esta réplica se ha echado en olvido que el suceso ocurria en un terreno montañoso donde era favorable la posicion de Pallares y desfavorable la de Mora, excepto en cuanto á el arma de fuego que portaba. Se olvidó tambien tener presente que al tratar de reaprehender á un ladron, se hacia uso de un derecho propio, legítimo, y que si este se volvió contra mi cliente amagándolo con piedras, lo puso en el caso de la referida ley 2ª, tit. 8º, part. 7ª "Si los próbidos auxilios que ejercita un hombre por otro, dice un criminalista, quando le avista agobiado, á manos de la crueldad, del ultraje y de la agresion, no solo son lícitos, sino que en ciertos casos son obligatorios; y tanto, que en el fuero de la conciencia se condena á culpa mortal al que pudiendo socorrer buenamente al que así está opreso y en peligro, no lo hace: es incomparablemente mayor el derecho y obli-

gacion de cautelarse uno mismo y el de volver por su vida, honra y hacienda, evadiendo por todos los medios extremados y violentos los ataques y ofensas que le acechan. Sea en obsequio de un extraño la defensa, ó séalo por propio interés, siempre es justa y razonable; mas con todo, es de relativo mas estrecho la últimamente indicada que la primera. Aquella tiene por principio el derecho público mediante la ofensa que infiere el transgresor con su arrojamiento á toda la sociedad, y el cargo é interés que tiene cualquiera de sus individuos de vindicarla, evitarla y remediarla. Y en esta obra, la naturaleza, la ley y la razon, que sugieren al hombre, aquel natural cuidado de guardarse y hacer resistencia á los males que le amenazan; siendo de tal fuerza el vínculo que les liga, que es comun al hombre y al irracional. De modo que está prescripto, que si defendiéndose un bruto de otro que le acomete, con el fin de hacerle daño, le hiere ó mata, no está tenido el dueño de aquel de la noxal accion."

31. La ventaja del arma no es ni puede ser apreciable en semejantes casos en que se hace uso de la que se tiene á la mano, necesariamente, á fin de repeler la fuerza con la fuerza. Así lo enseña el referido Vilanova «Con este supuesto, que no tiene confutacion, no hay arbitrio que no se dispense al hombre invadido. Le es lícito matar al invasor, para triunfar de la muerte: valerse de otra arma é instrumento mas ventajoso que el que anima la invasion: servirse de estos medios aunque el invasor amenace desarmado: le cabe la facultad de arrollarle, para salvar la honra y bienes, y puede ofender antes de ser ofendido, y cortar el criminal designio antes de verlo consumado. En suma, es tan soberano este albedrio, que en dictámen no de un solo autor, puede el reo injustamente condenado, resistir al juez, y aun matar al carcelero en defensa suya no resultando escándalo notable; y del propio modo superarse á la captura, ó persecucion fulminada contra él, conteniendo igual injusticia evidente sin poder por seme-

jantes resistencias defensivas derecho alguno, ni aun el de asilo.» (Ob. 7ª cap. 1ª)

32. El último cargo consiste «en aparecer el homicidio premeditado, pues habiendo remitido á Pallares preso para esta ciudad no es creíble que por una mera casualidad apareciera el exponente en el puesto muy inmediato al de donde emprendió la fuga el repetido Pallares:» en efecto fué una fatalidad casual para mi cliente el haber aparecido en aquellos momentos en el lugar de la fuga. Poner en duda que ésta se verificó, es poner en duda los hechos legales demostrados en el proceso, equivale á desecharse sin exámen el testimonio de los testigos que la ley admite, y equivale á considerar las simples presunciones de hombre, superiores á los hechos demostrados. «Sin la base del testimonio, dice Bentham, no marcharían los negocios sociales; se paralizaría todo movimiento social; no nos atreveríamos ya á obrar, porque el sin número de hechos que caen bajo la percepción inmediata de cada individuo no es mas que una gota en un vaso de agua comparado con los de que no puede informarse sino por referencia de otro. Despues de todo el número de testimonios verdaderos es incomparablemente superior al de testimonios falsos. Y hay un criterio al cual es difícil no conceder una gran confianza; los antecedentes del testigo, el acierto con que depone de los hechos que le son conocidos pueden quitar todo género de duda. La declaracion sincera de un hombre honrado ¿no tiene una fuerza simpática que atrae la conviccion de cuantos le escuchan? En suma, seria tan imposible desechar absolutamente la autoridad del testimonio como peligroso admitirla sin precaucion. La apreciacion de la fé que merecen los escritos en que se refieren los hechos antiguos, es objeto de una ciencia especial muy importante: la crítica histórica. Pues bien, debemos en el exámen de los hechos actuales testificados por nuestros contemporáneos, emplear precauciones análogas á las que toman los críticos juiciosos cuando estudian lo pasado.» (Prueb. jud. lib. 4ª cap. 7ª)

33. Independientemente tambien de la fe en el testimonio, puede conducirnos en muchas ocasiones al conocimiento de la verdad, la observancia de las leyes de la naturaleza moral. En el orden moral tanto como en el orden físico, puede haber *indicios* que se han llamado algunas veces *testimonios mudos*, en oposicion al testimonio verdadero, á la declaracion del hombre. Así es como la fuga de un acusado, cuando no parece motivada de ningún modo su partida, hace verosímil su culpabilidad. En este caso y en otros análogos, nuestra inteligencia se apodera de ciertos hechos morales para deducir de ellos la existencia de otros hechos, á la manera que en las ciencias físicas la observacion de ciertos fenómenos, nos hace creer en la observacion de ciertas causas. La fuerza de los indicios morales, así como la de los indicios físicos, varia por lo demas hasta lo infinito, con arreglo á las circunstancias. La induccion fundada en las leyes de la naturaleza moral, puede referirse á otros datos como al testimonio del hombre. Hay en el orden moral, así como en el orden físico, hechos que hacen mas ó ménos probable la existencia de los que la justicia se propone comprobar. Así un cambio completo en los hábitos del acusado, una tentativa de suicidio, serán frecuentemente indicios de culpabilidad no menos significativos que los que se toman de los elementos puramente materiales del sumario. Tambien pertenecen á la clase de indicios materiales los antecedentes á que se dá por razon una gran importancia. Pero los indicios, tanto materiales como morales, tienen por lo común menos fuerza que el testimonio del hombre y antes de sacar de ellos conclusiones siempre mas ó menos conjeturales, es preciso estudiar con cuidado todas las circunstancias de la causa.

34. Toda la reunion de indicios y pruebas conjeturales que existen en esta causa, está demostrando el hecho de que Juan Pallares era no solamente ladrón, sino ladrón conocido: que fué con ánimo de robar en union de sus dos compañeros: que no pudieron llevarse otra cosa que un

cerdo perteneciente á María Paulina García vecina de la misma hacienda, merced á la estricta vigilancia que á la sazón se desplegaba: que él y sus compañeros habían sido los autores de los robos frecuentes que se habían verificado en esos días en el Salitrillo y S. Pedrito, matando algunas vacas, destazándolas y llevándose la carne: y por último que formaban parte de una extensa banda organizada, para robar ganado en las haciendas inmediatas. En el plenario ha venido á hacerse constar terminantemente por medio de documentos auténticos, que Juan Pallares era ladrón conocido.

35. En vez de hacerse mérito de estas inducciones favorables á mi cliente, se han desconocido del todo, agravándose los cargos de una manera inconsiderada, y tratando de desvirtuar las pruebas fecientes que existen en su favor, apoderándose de la mas insignificante oportunidad. Asombra el arrojo con que se han vertido esas inconsideradas proposiciones y asombra aun mas que en personas de reconocido buen criterio hubiesen encontrado eco especies vertidas sin fundamento alguno, contra lo que está demostrado plenamente en esta causa. Es á la verdad cosa bien singular que las vociferaciones de los interesados en dar un barniz de legalidad á sus temerarias escursiones en busca de lo ageno, se presenten como pruebas en odio del Sr. Mora. Por fortuna los testigos de oído ageno no pueden admitirse en caso alguno para probar hechos que no han presenciado. Por este motivo deben desecharse multitud de declaraciones que como la de Margarito Sanchez, abundan en la causa abultándola con especies exajeradas y de ningun valor jurídico. Refiere Sanchez que oyó platicar á Serapio García, que le habían dicho que el finado Pallares no se dejaba amarrar y lo lograron hasta que D. Santiago Mora les ayudó: que para matar á Pallares llegó D. Santiago Mora á caballo con espada en mano alejando á todos los que por allí andaban para que nadie viera sin duda lo que iba á hacer.

36. Así mismo refiere Cayetano Gonzalez, que Benito

Martinez, mozo de D. Gil Ramirez, se puso á contarle el acontecimiento de la muerte de Pallares en términos semejantes á los que van asentados y cuya relacion los confirmó Cruz Hernandez que á la sazón pasaba. Benito Martinez declara que el referido Cruz se limitó á decir que D. Santiago Mora habia dado muerte á Pallares sin dar mas pormenores del hecho. En estas vaguedades, en estos testimonios de oídas y contradictorios, se ha querido mas bien apoyar el cargo, que en los dichos de los testigos presenciales.

37. Del exámen rápido que se ha hecho de la causa, aparecen unicamente como pruebas sustanciales: 1º Todo lo relativo á la comprobacion del cuerpo de delito: 2º La confesion del acusado: 3º El dicho de los tres únicos testigos presenciales del suceso: 4º Varios adminículos que confirman el dicho de esos testigos: 5º Que Juan Pallares era ladrón conocido: 6º Que como tal fué sentenciado á seis meses de prision que sufrió en la cárcel de esta ciudad.

38. Dado pues que el homicidio ejecutado en la persona de Juan Pallares, haya sido hasta cierto punto voluntario, considerándose exceso en los límites de la propia defensa, no por esto merece Mora pena alguna conforme á la legislacion vigente.

39. Enseña Gutierrez en su práctica criminal forense parte 3ª capítulo 3º número 2, que: "Al homicida simple voluntario que mate á otro á sabiendas, sea libre ó siervo, noble ó plebeyo, se impone la pena de muerte, si no es que sea á su enemigo conocido, al que halle yaciendo con su mujer, donde quiera que sea, ó con su hija ó su hermana en su propia casa, al que encuentre llevándose una mujer forzada para yacer con ella ó con quien haya yacido: al ladrón que hayase de noche hurtando en su casa ú ora- dando, ó huyendo con el hurto, si reusare darse á prision, ó quitándole lo suyo y no quisiere dejarlo: al ladrón conocido ó al salteador de caminos: al que de noche le quemasse ó destruyesse de otra manera sus casas, campos, mieses ó árboles: ó en fin al que aun de día quisiera tomarle sus

cosas por fuerza: en todos los cuales casos no se incurre en pena alguna."

40. La ley 3ª tit. 8º part. 7ª fija por qué razones, y en que casos no merece pena de homicida aquel que mata á otro ome "Otro tal decimos que sería, si algún ome matase á otro que le quemasse, ó destruyesse de otra guisa, de noche sus casas, ó sus campos, ó sus mieses, ó sus árboles, ó de día, amparando sus cosas que le tomara por fuerza, ó si matase al que fuere ladrón conocido, ó al robador que tuviese caminos públicamente. Ca el que matasse á cualquier dellos, non caería en pena ninguna." Y en el caso de esta ley se hallaba precisamente D. Santiago Mora respecto de Juan Pallares.

41. La ley 1ª tit. 21 lib. 12 de la Nov. Rec. favorece igualmente á mi cliente pues escussa de pena al homicida voluntario que hayase al ladrón con el hurto huyendo, y no se quisiera dar á prisión; ó si lo matare por ocasión no habiéndolo mal querencia con él, "Todo hombre que matare á otro á sabiendas, *que muera por ello*; salvo si matare á su enemigo conocido, ó defendiéndose; ó si lo hallare yaciendo con su mujer, do quier que lo halle; ó si lo hallare en su casa, yaciendo con su hija ó con su hermana; ó si le hallare llevando mujer forzada para yacer con ella; ó que halla yacido con ella; ó si matare ladrón, que hallare de noche en su casa, hurtando ó foradándola; ó si le hallare con el hurto huyendo, *y no se quisiera dar á prisión*; ó si lo hayare hurtándole lo suyo, y no lo quisiera dejar; ó si lo matare por ocasión, no queriendo matarlo, ni habiéndolo mal querencia con él; ó si lo matare socorriendo á su Señor, que lo vea matar, ó á padre ó á hijo, ó á abuelo ó á hermano, ó á otro hombre que debe vengar por linaje; ó si lo matare de otra manera, que pueda mostrar que lo mató con derecho."

42. Uno por uno he analizado los infundados cargos que se han hecho á mi cliente, en este proceso; me anima la esperanza de haber desvanecido no solamente las calumnias que se han propalado contra él, sino también creo

haber hecho patente que conforme á las leyes debe ser absuelto D. Santiago Mora. Satisfecho estoy de que V., Señor Juez, pesará en la balanza de la justicia las inequívocas pruebas y las muchas y poderosas razones legales que obran en favor del acusado, cuya inculpabilidad será V. el primero en proclamar, absolviéndolo en la sentencia que pronuncie. Para elio no tiene V. que hacer, C. Juez, sino separar los hechos comprobados legalmente de los que no lo están; comparar los primeros con las leyes que van copiadas en este alegato y eximen á mi cliente de toda pena, y absolverlo en consecuencia.

43. Por tanto

A V. suplico se sirva declarar: 1º que D. Santiago Mora no ha incurrido en pena alguna por la muerte de Juan Pallares, de conformidad con lo prevenido en las leyes citadas en este alegato: 2º que en consecuencia es de absolversele del cargo poniéndosele en inmediata libertad, pues así es de justicia como lo protesto.

Querétaro, Setiembre 10 de 1877.

Luis Castañeda.